

Demetrio Boersner

Estallido de una guerra anunciada

De febrero a marzo de 2003, el mundo se acercó cada vez más al estallido de una guerra anunciada y preparada por la primera superpotencia contra un "Estado forajido" al mando de un dictador desafiante. Entretanto, el panorama económico mundial siguió sombrío y preocupante. Se acentuaron las divergencias nacionales internas del espacio geopolítico europeo. Se fortaleció la tendencia a la inserción de América Latina en el conflicto global entre el sistema establecido y el reto terrorista. No obstante, continúan formándose, lenta pero seguramente, nuevos núcleos de pensamiento y acción a favor de una paz mundial con bases de libertad solidaria.

Estados Unidos, Irak y el mundo

Inexorablemente, los gobiernos de Estados Unidos y de Gran Bretaña han ido estrechando su cerco bélico en torno a la dictadura nacionalista árabe de Sadam Husein, antiguo protegido y aliado de Washington que luego se convirtió en su más execrado enemigo. Según la visión estratégica mundial del presidente Bush y de su gobierno, existiría una relación directa entre el terrorismo islamista que atacó a Norteamérica el 11 de septiembre de 2001, el ya derrotado talibanismo afgano y el tiránico régimen de Bagdad. De conformidad con un plan de "guerra contra el terrorismo", luego de la acción punitiva contra los talibanes, le toca el turno a Sadam Husein, y es muy posible que después de la caída de éste, la formidable potencia hegemónica seguirá derribando uno por uno a los demás integrantes del "eje del mal".

Sin embargo, esta estrategia esencialmente unilateralista, que el gobierno estadounidense espera ejecutar con la tácita o expresa anuencia del resto del mundo, encuentra cada día mayor número de críticas y rechazos, no sólo en el mundo exterior, sino en el propio seno del pueblo norteamericano, multiforme, democrático y soberano. Ha quedado atrás la etapa de la primera reacción traumática y retaliativa de una población víctima de una cruel agresión, y se ha venido imponiendo cada vez más en el ánimo de los norteamericanos la reflexión serena y el espíritu crítico. Aunque los sondeos indican una amplia aceptación de una acción militar contra Irak, hoy en día la mayoría del pueblo estadounidense rechaza la idea de que dicha acción pueda o deba realizarse sin la aprobación multilateral de la comunidad de las naciones. En ese sentido, el presidente Bush y sus asesores de línea dura —Cheney, Rumsfeld y otros— se encuentran en minoría en su propio país.

En el resto del mundo tiende a fortalecerse un masivo rechazo no sólo al espíritu unilateralista e impositivo de la diplomacia del presidente Bush, sino también a la guerra contra Irak como tal. En ello, la actitud interna-

cional actual difiere profundamente de la que prevalecía en 1991, con motivo de la Guerra del Golfo. En aquella oportunidad, no sólo los países occidentales sino también los del mundo árabe y musulmán condenaron sin reservas, como violación de los principios más fundamentales del Derecho de Gentes, la agresión y anexión de Kuwait por Irak, y apoyaron la acción bélica multilateral y auspiciada por el Consejo de Seguridad de la ONU. Esta vez, la situación presenta un cariz mucho menos claro.

El gobierno norteamericano acusa al régimen de Sadam Husein de almacenar y ocultar armas de destrucción masiva, de apoyar al terrorismo internacional y de violar los derechos humanos. De las tres acusaciones, la última no admite la menor duda, pero las otras dos no están claramente probadas. Desde hace largo tiempo, el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA), primero bajo la dirección del sueco Hans Blix y ahora bajo la del egipcio Mohammed El-Baradei, ha venido efectuando operaciones de inspección parciales en Irak, y los arsenales de ese país deben haberse reducido desde la Guerra del Golfo para acá, siendo improbable que signifiquen un peligro realmente grave para los demás países de la región. Las inspecciones más recientes, realizadas bajo la presión del Consejo de Seguridad y las amenazas de Estados Unidos y Gran Bretaña, deben haber debilitado aún más la capacidad ofensiva de Irak. En lo que respecta a la ayuda iraquí al terrorismo, si bien es cierto que puede estar apoyando a grupos terroristas enmarcados dentro del conflicto israelo-palestino, no existen pruebas convincentes de cooperación entre Bagdad y el terrorismo mundial de Osama Bin Laden y al-Qaeda. Más bien el carácter nacionalista laico (no islamista) del movimiento Baas pareciera constituir un obstáculo a tal alianza.

Aparte de esta relativa debilidad del argumento de que Sadam constituye una amenaza grave para la seguridad internacional, la credibilidad internacional de Estados Unidos se ve afectada por la generalizada sospecha de que su afán de invadir y ocupar a Irak

en realidad persigue objetivos geopolíticos y petroleros, incluido el de impedir la penetración de intereses franceses, alemanes y rusos en el espacio mesopotámico.

El estilo unilateralista y prepotente que emplean el presidente Bush y sus asesores de mayor confianza en esta compleja crisis internacional no ayuda sino perjudica a Estados Unidos. Una diplomacia de corte más multilateralista o "clintoniana" tal vez hubiera podido convencer a un mayor número de gobiernos y pueblos de que, con el aval de las Naciones Unidas, se podría justificar una acción militar para derrocar a un abominable tirano.

La actual forma de proceder del gobierno de Washington no sólo tiende a aislar a Estados Unidos y a romper la unidad del Occidente, sino también a fortalecer en el seno del Islam a los elementos más integristas y fanáticos en perjuicio de las corrientes musulmanas moderadas, y alejar cada vez más la búsqueda de soluciones no meramente represivas sino también políticas y negociadas a la crisis mundial presente.

Panorama económico sombrío

La economía mundial conserva su ritmo lento e incierto. En Estados Unidos, la confianza no ha vuelto a los mercados financieros y el déficit fiscal es enorme. En Europa (sobre todo Alemania) la falta de ímpetu económico presenta características aún más serias, en términos de desocupación y descapitalización.

Mientras Estados Unidos mira la guerra contra Irak como factor que a la larga podría restaurar la confianza y estimular la actividad productiva, en Europa se es pesimista al respecto: una crisis de escasez energética y de alza de precios petroleros terminaría de hundir las economías ya deprimidas.

Divisiones entre países europeos

La dura oposición de Francia, Alemania y Bélgica contra los planes bélicos anti-iraquíes de Estados Unidos y Gran Bretaña ha creado una crisis en el seno de la OTAN, que nunca se

vio tan profundamente dividida ante un problema de seguridad internacional. Por otra parte, también ha producido fisuras en la Unión Europea presente y futura.

Contrariamente a los planes iniciales de los gobernantes Schroeder y Blair, que pensaban acercar sus respectivas políticas exteriores y convertir la relación especial franco-alemana en una suerte de triple entente anglo-germano-francesa, hoy existen profundas discrepancias entre el dúo franco-alemán por un lado, y en el otro lado, una Inglaterra que, con respecto a la crisis iraquí, se ve apoyada por los gobiernos sobre todo de Italia, de España y de Portugal. Estas divergencias se superponen a otras más tradicionales, referidas a la estructura de la integración regional y a la velocidad del proceso de ampliación de la misma.

Igualmente la crisis de Irak ha abierto una mayor brecha entre algunos de los países europeos del oeste y las naciones de Europa centro-oriental candidatas al ingreso a la UE. El presidente Chirac, de Francia, expresó su vehemente disgusto ante el entusiasmo que muestran algunos estados ex-comunistas en apoyar los planes bélicos anglo-americanos. Francia comienza a pensar que la ampliación de la Unión Europea hacia el Este tal vez deba ser reconsiderada, en vista de que en términos de lealtad y simpatía política, los nuevos países integrantes podrían resultar más "norteamericanos" que europeos.

Latinoamérica inmersa en el conflicto mundial

Desde hace por lo menos tres años, la América Latina ha comenzado a tener una vinculación más directa con los problemas de seguridad estratégica mundial, debido al creciente involucramiento estadounidense en el conflicto interno colombiano. El Plan Colombia, inicialmente anti-narcotraficante, se ha convertido en un plan anti-terrorista desde el 11 de noviembre de 2001 para acá, y como resultado de ello, no sólo Colombia sino también sus vecinos forman parte del teatro de operaciones antiterrorista global de la potencia norteamericana.

Ello significa que, desde Washington, la conducta de los gobiernos de Panamá, Ecuador, Brasil y Venezuela será evaluada no sólo en términos de apego a las normas de la democracia representativa y de la economía de mercado, sino también por su grado de confiabilidad antiterrorista.

En el caso de Panamá, no parece existir ningún problema. Ecuador presenta un cuadro más complejo y delicado, ya que, no obstante las promesas de conformismo pro-estadounidense del presidente Lucio Gutiérrez, su gobierno tiene vínculos con un movimiento campesino-indígena dirigido por elementos de formación política radical y en parte guerrillera. En Brasil, el presidente Luiz Inácio "Lula" da Silva probablemente será exitoso en su empeño de no apartarse de una conducta socialdemócrata consecuente, evitando los deslices que posiblemente le sugieran los sectores de izquierda extrema en el seno de su partido, y así salvará a su país de ser considerado como parte del conflicto global.

Con respecto a Venezuela, es imposible pronosticar el futuro. Pero parece evidente que el presidente Chávez actúa en una forma contradictoria que no puede contar con la confianza de los Estados Unidos y de su alianza internacional antiterrorista. Por un lado, el mandatario venezolano se muestra complaciente hacia el gran capital petrolero y financiero del Norte. Al destruir a la burguesía nacional y la empresa privada criolla, abre crecientes espacios a la inversión foránea, y al reducir la industria petrolera a sus primitivos niveles rentistas, la entrega al control tecnológico y gerencial de los consorcios transnacionales. Por el otro lado, sin embargo, este gobernante mantiene su política de verbalismo ultra-radical y de gestos de simpatía o de tolerancia hacia guerrillas y otros factores considerados como enemigos por la potencia norteamericana.

•••••
Demetrio Boersner

Dr. En Ciencias Políticas. Exembajador de Venezuela